



# LO SINIESTRO

*Sigmund Freud*



Sigmund Freud reflexiona en «*Lo siniestro*» sobre «*El hombre de arena*» de E. T. A. Hoffmann. [descarga](#)

Sin duda alguna «*Lo siniestro*» es uno de los textos más sorprendentes y complejos de la literatura freudiana; un profundo análisis sobre un abundante material lingüístico cuya sintaxis es coherente con la que Freud va elaborando a partir de otros discursos «anormales»... Relaciona el tratamiento del doble, o del otro yo, con las estaciones del miedo y del secreto, con los autómatas, lo oculto, la frontera continua entre la desesperación y la demencia Hoffmanniana.

## I

El psicoanalista no siente sino raramente el incentivo de emprender investigaciones estéticas, aunque no se pretenda ceñir la estética a la doctrina de lo bello, sino que se la considere como ciencia de las cualidades de nuestra sensibilidad. La actividad psicoanalítica se orienta hacia otros estratos de nuestra vida psíquica y tiene escaso contacto con los impulsos emocionales —inhibidos en su fin, amortiguados, dependientes de tantas constelaciones simultáneas— que forman por lo común el material de la estética. Sin embargo, puede darse la ocasión de que sea impelido a prestar su interés a determinado sector de la estética, tratándose entonces generalmente de uno que está como a trasmaño, que es descuidado por la literatura estética propiamente dicha.

Lo *unheimlich*, lo *siniestro*, forma uno de estos dominios. No cabe duda que dicho concepto está *próximo a los de lo espantable, angustiante, espeluznante*, pero no es menos seguro que el término se aplica a menudo en una acepción un tanto indeterminada, de modo que casi siempre coincide con lo angustiante en general. Sin embargo, podemos abrigar la esperanza de que el empleo de un término especial —*unheimlich*— para denotar determinado concepto, será justificado por el *hallazgo en él de un núcleo particular*. En suma: quisiéramos saber cuál es ese núcleo, ese sentido esencial y propio que permite discernir, en lo angustioso, algo que además es «siniestro».

Poco nos dicen al respecto las detalladas exposiciones estéticas, que por otra parte prefieren ocuparse de lo bello,

grandioso y atrayente, es decir, de los sentimientos de tono positivo, de sus condiciones de aparición y de los objetos que los despiertan, desdeñando en cambio la referencia a los sentimientos contrarios, repulsivos y desagradables. En cuanto a la literatura medicopsicológica, sólo conozco la disertación de E. Jentsch [1], que, si bien plena de interés, no agota el asunto. He de confesar, en todo caso, que por motivos fáciles de adivinar, dependientes de las circunstancias actuales, no pude consultar a fondo la literatura respectiva, particularmente la extranjera, de modo que pongo este trabajo en manos del lector sin sustentar ninguna pretensión de prioridad.

Jentsch señala, con toda razón, que una dificultad en el estudio de lo siniestro obedece a que la capacidad para experimentar esta cualidad sensitiva se da en grado extremadamente dispar en los distintos individuos. Aun yo mismo debo achacarme una particular torpidez al respecto, cuando sería mucho más conveniente una sutil sensibilidad; pues *desde hace mucho tiempo no he experimentado ni conocido nada que me produjera la impresión de lo siniestro*, de modo que me es preciso evocar deliberadamente esta sensación, despertar en mí un estado de ánimo propicio a ella. Sin embargo, dificultades de esta clase también son propias de muchos otros dominios de la estética, y a causa de ellas no abandonaremos, por cierto, la esperanza de hallar casos que se presten para admitir en ellos, sin lugar a dudas y unánimemente, el fenómeno en cuestión.

Podemos elegir ahora entre dos caminos: o bien averiguar el sentido que la evolución del lenguaje ha depositado en el término «*unheimlich*», o bien congregar todo lo que en las personas y en las cosas, en las impresiones sensoriales, vivencias y situaciones, nos produzca el sentimiento de lo siniestro, deduciendo así el carácter oculto de éste a través de lo que todos esos casos tengan en común. Confesamos sin tardanza que cualquiera de ambas vías nos llevará al mismo resultado: lo siniestro sería aquella suerte

de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás. En lo que sigue se verá cómo ello es posible y bajo qué condiciones las cosas familiares pueden tornarse siniestras, espantosas. Quiero observar aun que en esta investigación comencé por reunir una serie de casos particulares, hallando sólo más tarde una confirmación en los giros del lenguaje. Al exponer el tema, en cambio, seguiré el camino inverso.

La voz alemana «*unheimlich*» es, sin duda, el antónimo de «*heimlich*» y de «*heimisch*» (íntimo, secreto, y familiar, hogareño, doméstico), imponiéndose en consecuencia la deducción de que lo siniestro causa espanto precisamente porque no es conocido, familiar. Pero, naturalmente, no todo lo que es nuevo e insólito es por ello espantoso, de modo que aquella relación *no* es reversible. Cuanto se puede afirmar es que lo novedoso se torna fácilmente espantoso y siniestro; pero sólo algunas cosas novedosas son espantosas; de ningún modo lo son todas. Es menester que a lo nuevo y desacostumbrado se agregue algo para convertirlo en siniestro.

Jentsch no ha pasado, en términos generales, de esta relación de lo siniestro con lo novedoso, no familiar. Ubica en la incertidumbre intelectual la condición básica para que se dé el sentimiento de lo siniestro. Según él, lo siniestro sería siempre algo en que uno se encuentra, por así decirlo, desconcertado, perdido. Cuanto más orientado esté un hombre en el mundo, tanto menos fácilmente las cosas y sucesos de éste le producirán la impresión de lo siniestro.

Pero comprobaremos sin dificultad que esta caracterización de lo siniestro no agota sus acepciones, de modo que intentaremos superar la ecuación siniestro = insólito. Dirijámonos ante todo a otras lenguas; pero he aquí que los diccionarios no nos dicen nada nuevo, quizá simplemente porque esas lenguas no son las nuestras. En efecto, hasta adquirimos la impresión de que muchas lenguas carecen de

un término que exprese este matiz particular de lo espantable.[2]

**Latín** (según el pequeño diccionario alemán-latino de K. E. Georges, 1898): un lugar siniestro: *locus suspectus*; a una siniestra hora de la noche: *intempesta nocte*.

**Griego** (diccionarios de Rost y de Schenkl): ξενος (*xenos*) —es decir: extranjero, extraño, desconocido.

**Inglés** (según los diccionarios de Lucas, Bellow, Flügel, Muret-Sanders): *uncomfortable, uneasy, gloomy, dismal, uncanny, ghastly*; refiriéndose a una casa: *haunted*; de un hombre: *a repulsive fellow*.

**Francés** (Sachs-Villate): inquiétant, sinistre, lugubre, mal à son aise.

**Español** (Tollhausen, 1889): sospechoso de mal agüero, lúgubre, siniestro.[3]

Las lenguas italiana y portuguesa parecen conformarse con palabras que designaríamos como circunlocuciones. En árabe y en hebreo, «unheimlich» coincide con demoníaco, espeluznante.

Volvamos, por ello, a la lengua alemana.

En el *Wörterbuch der Deutschen Sprache*, de Daniel Sanders (1860), el artículo «heimlich» contiene las siguientes indicaciones, que reproduciré íntegramente, destacando algunos pasajes (tomo I, página 729).[4]:

«Heimlich, a. (-keit, f -en).»:

1. También *heimelich, heimelig*, propio de la casa, no extraño, familiar, dócil, íntimo, confidencial, lo que recuerda el hogar, etc.

a) (Arcaísmo) perteneciente a la casa, a la familia; o bien: considerado como propio de tales; cif. lat. *familiaris*, acostumbrado: *Die Heimlichen*, los íntimos; *die Hausgenossen*, los cohabitantes de la casa; *der heimliche Rat*, el consejo íntimo (Gén., 41, 45; 2. Samuel, 23, 23; 1. Crón. 12, 25; Prov. 8, 4); término reemplazado ahora por *Geheimer* (ver: d 1) *Rat*; véase: *Heimlicher*.

b) Se dice de animales mansos, domesticados. Contrario de salvaje; por ejemplo: «Animales que ni son salvajes, ni *heimlich*», etc. (Eppendorf, 88). «Animales salvajes... que se domestican para hacerlos *heimlich* y acostumbrados a las gentes» (92). «Cuando estas bestiecillas son criadas desde muy jóvenes junto al hombre, se toman muy *heimlich*, afectuosas», etc. (Stumpf, 608 a). Así también: «El cordero es tan *heimlich* que come de mi mano» (Hölty). «La cigüeña siempre será un ave bella y *heimlich*» (Linck. Schl., 146). Ver: *Häuslich*, 1, etcétera.

c) Íntimo, familiar; que evoca bienestar, etc.; calma confortable y protección segura, como la casa confortable y abrigada (véase: *Geheuer*): «¿Aún te puedes sentir *heimlich* en tu país, cuando los extranjeros talan sus bosques?» (Alexis H., I, 1, 289). «Ella no se sentía muy *heimlich* junto a él» (Breantano Wehm. 92). «En un sendero sombreado y *heimlich*..., junto al arroyuelo murmurante», etc. (Foster, tomo I, 417). «Destruir la *Heimlichkeit* de la patria» (Gervinus, Lit. 5, 375). «No encontraría fácilmente un rinconcito tan *heimlich*» (G., 14, 14). «Nos sentíamos tan cómodos, tan tranquilos y confortables, tan *heimlich*» (15, 9). «En tranquila *Heimlichkeit*, en los estrechos límites del hogar» (Haller). «Una diligente ama de casa, que con poco sabe hacer una deliciosa *Heimlichkeit*» (Hartmann Unst., 1, 188). «Tanto más *heimlich* parecía ahora el hombre, hasta hacía poco extraño» (Kerner, 540). «Los propietarios protestantes no se sentían... *heimlich*, entre sus súbditos católicos» (Kohl. Irl. I, 172). «Cuando todo está *heimlich* y silencioso, oyéndose sólo la calma nocturna que rodea tu celda» (Tiedge 2, 39). «Silencioso, y amable y *heimlich*, como para reposar se anhelaría un lugar» (W. 11, 144). «No se sentía nada *heimlich* en ese trance» (27, 170, etc.). Además: «El lugar estaba tan

calmo, tan solitario, tan *heimlich* y sombreado» (Scherr. Pilg. 1, 170): «Las olas avanzaban y se retiraban, soñadoras y *heimlich*, mecedoras» (Körner, Sch. 3, 320, etc.). Véase: *unheimlich*. En particular entre los autores suevos y suizos adopta con frecuencia tres sílabas: «Cuán *heimelich* se sentía Ivo a la noche, cuando estaba acostado en su casa» (Auerbach, D. 1, 249). «En esa casa me sentí tan *heimelig*» (4, 307). «La habitación tibia, la tarde *heimelige*» (Gotthelf, Sch. 127, 148). «He aquí algo que es muy *heimelig*, cuando el hombre siente en el fondo de su corazón cuán poca cosa es, cuán grande es el Señor» (147). «Poco a poco uno se encontró más cómodo y *heimelig*» (U. 1, 297). «La dulce *Heimelich*» (380, 2, 86). «Creo que en parte alguna me encontraré más *heimelich* que aquí». (327; Pestalozzi, 4, 240). «Quien acude de lejos... no podrá vivir muy *heimelig* (amistosamente, como vecino) con las gentes» (325). «La cabaña donde otrora se sentara, tan *heimelig*, tan alegre, entre los suyos» (Reithard, 20). «El cuerno del sereno suena tan *heimelig* desde la torre; su voz, tan hospitalaria, nos invita» (49). «Se duerme aquí tan tibiamente, tan maravillosamente *heimelig* (23, etc.). *Esta acepción habría merecido generalizarse, para evitar que tan adecuada palabra cayera en desuso, por su fácil confusión con Heimlich.*

Por ejemplo: «Los Zeck son todos tan HEIMLICH.

—¿HEIMLICH? ¿Qué quiere decir usted con HEIMLICH?

»—Pues bien: que me siento con ellos como ante un pozo relleno o un estanque seco. Uno no puede pasar junto a éstos sin tener la impresión de que el agua brotará de nuevo, algún día.

»—Nosotros, aquí, le llamamos UNHEIMLICH; vosotros le decís HEIMLICH. ¿En qué encuentra usted que

esta familia tenga algo secreto e incierto?», etc. (Gutzkow, *R.*, 2, 61).

d) (Véase: c). Especialmente en *Silesia*: alegre, jocososo; se dice también del tiempo; véase: *Adelung und Weinhold*.

2. Secreto, oculto, de modo que otros no puedan advertirlo, querer disimular algo; véase: *Geheim* (secreto), voz de la cual no siempre es distinguido con precisión, especialmente en el nuevo alto alemán y en la lengua más antigua, como, por ejemplo, en la Biblia: Job, 11, 6; 15, 8; Prov. 2, 22; I Corint. 2, 7; etc. También: *Heimlichkeit*, en lugar de *Geheimnis*, secreto (Mat. 13, 35, etc.). Voces que no siempre son distinguidas con precisión, por ejemplo: Hacer algo *heimlich* (tras la espalda de otro); alejarse *heimlich* (furtivamente); reuniones *heimlich* (clandestinas); contemplar la desventura ajena con *heimliche* alegría; suspirar, llorar *heimlich* (en secreto); conducirse *heimlich* (misteriosamente), como si se tuviese algo que ocultar; amor, pecado *heimlich* (secreto); lugares *heimliche* (que el recato obliga a ocultar; amor, pecado *heimlich* (misteriosamente), como si se tuviese algo que ocultar; (1, Sam. 5, 6); el lugar *heimlich* (refiriéndose al retrete) (2. Reyes, 10, 27; Prov. 5, 256, etc.); también en: Der *heimliche* Stuhl (El asiento secreto), (Zinkgräf 1, 249); precipitar a alguien al pozo, a las *Heimlichkeiten* (3, 75; Rollenhagen Fr. 83, etc.). «Presentóle *heimlich*, pérfido y artero contra los señores crueles... como franco, abierto, simpático y servicial frente al amigo que sufre». (Burmeister gB 2, 157). «Es preciso que sepas también lo que yo tengo de más *heimlich* y sagrado» (Chamisso 4, 56). «El arte *heimlich* (oculto), de la magia» (3, 224). «Donde la discusión pública cesa, de orden de los *heimliche* conspiradores, el grito de guerra de los revolucionarios declarados» (G. 4, 222). «Una santa, *heimliche* influen-

cia» (15). «Tengo raíces que están muy *heimlich* (escondidas); en la tierra más profunda estoy arraigado» (2, 109). «Mi *heimliche* malicia» (véase: *Heimtücke*) (30, 344). «Si él no lo acepta abierta y conscientemente, podría tomarlo *heimlich* y secretamente unos anteojos acromáticos» (375). «En adelante, quisiera que nada *heimlich* (secreto) hubiera entre nosotros» (Sch. 369 b). «Descubrir, publicar, traicionar las *Heimlichkeiten* (secretos) de alguno; tramar detrás de mis espaldas las *Heimlichkeiten*» (Alevis, H. 2, 3, 168). «En mis tiempos, se solía practicar la *Heimlichkeit* (discreción) (Hagedorn, 3, 92). La *Heimlichkeit* (intriga) y maledicencia que se cometen a ocultas» (Immermann, M. 3, 289). «Sólo la acción del conocimiento puede romper la acción de la *Heimlichkeit* del oro oculto». (Novalis, 1, 69). «Dime dónde la guardas, en qué lugar de silenciosa *Heimlichkeit*» (Schr. 495, b). «Abejas que formáis la llave de las *Heimlichkeiten*» (cera para sellar cartas secretas) (Tieck, *Cymb.* 3, 2). «Ser experto en raras *Heimlichkeiten*» (artes mágicas) (Schlegel, Sh., 6, 102, etc.). Véase: *Geheimnis* L. 10: página 291 y siguientes.

Al respecto, véase 1 c, así como, en particular, el antónimo *Unheimlich*: inquietante, que provoca un terror atroz: «Que casi le pareció *unheimlich*, siniestro, spectral» (Chamisso, 3, 238). «Las *unheimliche*, siniestras y lúgubres horas de la noche» (4, 148). «Desde hacía tiempo me sentía *unheimlich*, espeluznado» (242). «Empiezo a sentirme *unheimlich*» (Verm. 1, 51). «*Unheimlich* e inmóvil, como una estatua de piedra» (Reis, 1, 10). «La niebla *unheimliche*, llamada *Haarrauch*» (Immermann, M., 3, 299). «Estos pálidos jóvenes son *unheimlich* y meditan Dios sabe qué maldad» (Laube, tomo 1, 119). «Se denomina UNHEIMLICH todo lo que, debiendo permanecer secreto, oculto... no obstante, se ha manifestado» (Schelling, 2, 2 649). «Velar lo divino, rodearlo de cierta *Unheimlichkeit*» (misterio)

(658, etc.). No es empleado como antónimo de *heimlich*, como Campe lo presenta, sin fundamento alguno.

De esta larga cita se desprende para nosotros el hecho interesante de que la voz *heimlich* posee, entre los numerosos matices de su acepción, uno en el cual coincide con su antónimo, *unheimlich* (recuérdese el ejemplo de *Gutzkow*: «Nosotros, aquí, le llamamos *unheimlich*; vosotros le decís *heimlich*»). En lo restante, nos advierte que esta palabra, *heimlich*, no posee un sentido único, sino que pertenece a dos grupos de representaciones que, sin ser precisamente antagónicas, están, sin embargo, bastante alejadas entre sí: se trata de lo que es familiar, confortable, por un lado; y de lo oculto, disimulado, por el otro. *Unheimlich* tan sólo sería empleado como antónimo del primero de estos sentidos, y no como contrario del segundo. El diccionario de Sanders nada nos dice sobre una posible relación genética entre ambas acepciones. En cambio, nos llama la atención una nota de *Schelling*, que enuncia algo completamente nuevo e inesperado sobre el contenido del concepto *unheimlich*: *Unheimlich sería todo lo que debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado*.

Parte de nuestras dudas, así despertadas, son resueltas por los datos que nos ofrece el *Deutsches Wörterbuch*, de Jacob y Wilhelm Grimm (Leipzig, 1877; IV/2, página 874 y siguientes):

a). «*Heimlich*; adj. y adv. *vernaculus, occultus*; alto alemán medio: *heimelîch, heimelîch*. Página 874: en un sentido algo distinto: «me siento *heimlich*, bien, cómodo, sin temor...».

b) *Heimlich* designa también un lugar libre de fantasmas... Página 875: ß) familiar, amable, íntimo.

De HEIMATLICH (*propio de la comarca natal*), HAEUSLICH (*hogareño*), emana la noción de lo oculto a ojos

*extraños, escondido, secreto, empleándose estos términos en diversas relaciones...*

Página 876: «a la izquierda, junto a lago, hay una pradera *heimlich* (escondida) en el bosque» (Schiller, Tell I, 4).

...en empleo un tanto libre y raro en la lengua moderna... *heimlich* se agrega a un verbo que expresa ocultación: «me esconderá *heimlich* en su tienda» (Ps. 27, 5)... «partes *heimlich* (secretas) del cuerpo humano», *puenda*... «las gentes que no morían, fueron dañadas en sus partes *heimliche*» (secretas, órganos genitales) (I. Samuel, 5, 12)...

c) Los funcionarios que deben suministrar, en cosas del gobierno, consejos importantes y *geheim* (secretos), se llaman *heimliche Rätthe* (consejeros secretos), habiendo sido sustituido este adjetivo, por el más corriente: *geheim* (véase éste): «...El faraón nombró (a José) *heimlicher Rath*» (consejero secreto) (Gén. 41, 45).

Página 878, 6. *Heimlich*, en relación con el conocimiento, significa místico o alegórico: significación *heimliche* (oculta): *mysticus, divinus, occultus, figuratus*.

Página 878: en el ejemplo siguiente, la acepción de *heimlich* es otra: sustraído al conocimiento, inconsciente...

Pero *heimlich* también significa impenetrable; cerrado a la investigación: «¿No lo ves? No tienen confianza en mí; temen el rostro *heimlich* (impenetrable) del duque de Friedland». (*El campamento de Wallenstein*, acto II).

*El sentido de escondido, peligroso, oculto, que se expresa en la referencia precedente, se destaca aún más, de modo UNHEIMLICH acaba por aceptar la significación que habitualmente tiene UNHEIMLICH (derivado de HEIMLICH, 3 B, sp. 874): «Me siento a veces como un*

hombre que pasea por la noche y cree en fantasmas: todo rincón le parece *heimlich* (siniestro) y lúgubre». (Klinger, Teatro, III, 298).

De modo que *heimlich* es una voz cuya acepción evoluciona hacia la ambivalencia, hasta que termina por coincidir con la de sus antítesis, *unheimlich*. *Unheimlich* es, de una manera cualquiera, una especie de *heimlich*. Agreguemos este resultado, aún insuficientemente aclarado, a la definición que dio Schelling de lo *Unheimlich*, y veamos cómo el examen sucesivo de distintos casos de lo siniestro nos permitirá comprender las indicaciones anotadas.

## II

Si ahora pasamos revista a las personas y cosas, a las impresiones, sucesos y situaciones susceptibles de despertar en nosotros el sentimiento de lo siniestro con intensidad y nitidez singulares, será preciso que elijamos con acierto el primero de los ejemplos. E. Jentsch destacó, como caso por excelencia de lo siniestro, la «duda de que un ser aparentemente animado, sea en efecto viviente; y a la inversa: de que *un objeto sin vida esté en alguna forma animado*», aduciendo con tal fin, la impresión que despiertan las figuras de cera, las muñecas «sabias» y los autómatas. Compara esta impresión con la que producen las crisis epilépticas y las manifestaciones de la demencia, pues tales fenómenos evocarían en nosotros vagas nociones de procesos automáticos, mecánicos, que podrían ocultarse bajo el cuadro habitual de nuestra vida. Sin estar plenamente convencidos de que esta opinión de Jentsch sea acertada, haremos partir nuestra investigación de las siguientes observaciones de dicho autor, en las que nos recuerda a un poeta que ha logrado provocar, como ningún otro, los efectos siniestros.

«Uno de los procedimientos más seguros para evocar fácilmente lo siniestro mediante las narraciones», escribe Jentsch, «consiste en dejar que el lector dude de *si determinada figura que se le presenta es una persona o un autómata*. Esto debe hacerse de manera tal que la incertidumbre no se convierta en el punto central de la atención, porque es preciso que el lector no llegue a examinar y a verificar inmediatamente el asunto, cosa que, según dijimos, disiparía fácilmente su estado emotivo especial. E. T. A. Ho-

*ffmann* se sirvió con éxito de esta maniobra psicológica en varios de sus *Cuentos fantásticos*».

Esta observación, ciertamente, justa, se refiere ante todo al cuento *Der Sandmann* («El arenero»), que forma parte de los *Nachtstücke* («Cuentos nocturnos»)[5] y del cual procede la figura de la muñeca Olimpia que *Offenbach* hizo aparecer en el primer acto de su ópera *Los cuentos de Hoffmann*. Debo decir, sin embargo —y espero contar con el asentimiento de casi todos los que hayan leído este cuento— que el tema de la muñeca Olimpia, aparentemente animada, de ningún modo puede ser considerado como único responsable del singular efecto siniestro que produce el cuento; más aún: que ni siquiera es el elemento al cual se podría atribuir en primer término este efecto. El ligero viso satírico que el poeta da al episodio de Olimpia, empleándolo para ridiculizar la presunción de su joven enamorado, tampoco facilita aquella impresión. El centro del cuento lo ocupa más bien otro tema, precisamente el que le ha dado título y que siempre vuelve a ser destacado en los momentos culminantes: se trata del tema del arenero, el «hombre de la arena» que arranca los ojos a las criaturas.

El estudiante Nataniel, con cuyos recuerdos de infancia comienza el cuento fantástico, a pesar de su felicidad actual no logra alejar de su ánimo las reminiscencias vinculadas a la muerte horrible y misteriosa de su amado padre. En ciertas noches su madre solía acostar temprano a los niños, amenazándolos con que «vendría el hombre de la arena»[6], y efectivamente, el niño oía cada vez los pesados pasos de un visitante que retenía a su padre durante la noche entera. Interrogada la madre respecto a quién era ese «arenero», negó que fuera algo más que una manera de decir, pero una niñera pudo darle informaciones más concretas: «Es un hombre malo que viene a ver a los niños cuando no quieren dormir, les arroja puñados de arena a los ojos, haciéndolos saltar ensangrentados de sus órbitas; luego se los guarda en una bolsa y se los lleva a la media